

Palabras y frases clave

Podemos repasar fácilmente la totalidad del cristianismo al pensar en las palabras y frases clave en las cuales se expresa la historia de Cristo.

La Deidad: El nombre «Dios» podría considerarse que es el nombre de una familia divina. La Deidad, o la Trinidad, la constituyen Dios Padre, Dios Hijo (Jesús) y Dios Espíritu. Dios es uno en esencia y propósito, pero tres en personalidad y función (vea 2ª Corintios 13.14). Por ejemplo, en el bautismo de Jesús, Jesús fue bautizado, Dios Padre habló desde el cielo y el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en forma de paloma (Mateo 3.16–17). Vea Hechos 17.29; Romanos 1.20; Colosenses 2.9.

Las Sagradas Escrituras: La Biblia se compone de sesenta y seis libros (treinta y nueve componen el Antiguo Testamento y veintisiete componen el Nuevo). Estos libros nos fueron dados por la guía y supervisión del Espíritu Santo. Presentan lo que Dios ha hecho, lo que está haciendo y lo que hará con los que desean ser Sus Hijos. El Antiguo Testamento es principalmente historia sagrada, mientras que el Nuevo Testamento es la última voluntad y testamento de Jesús para la era cristiana. (Vea 2ª Timoteo 3.16–17; 2ª Pedro 1.20–21.

La encarnación: Jesús, el segundo miembro de la Deidad, llegó a ser un hombre propiamente dicho y habitó entre nosotros. Él es el Mesías que Dios había prometido enviar. Él dejó el cielo

y llegó a ser hombre, sin perder Su identidad como el Hijo de Dios. Fue totalmente Dios y totalmente hombre. Solo un Dios-Hombre podía llevar el peso de toda la culpa del mundo. Vea Juan 1.14; Filipenses 2.5–8.

Juan el Bautista: Dios apartó a este hombre para anunciar la venida del Mesías. Por la predicación de Juan, Dios preparó al pueblo para la venida de Jesús. Juan identificó personalmente a Jesús como el Mesías. Vea Mateo 3.1–12; Marcos 1.1–8; Lucas 3.1–20; Juan 1.29.

El ministerio terrenal de Jesús: A la edad de treinta años, Jesús comenzó un ministerio terrenal. Durante tres o más años, Él puso los cimientos de su reino venidero y de Su muerte por nuestros pecados. Durante este tiempo, Él predicó el evangelio del reino, sanó a los enfermos y demostró como es Dios. Vea Mateo 4.17; 11.4–6; Marcos 1.14–15.

Los milagros: Hubo actos sobrenaturales a los cuales se les refirió como «milagros», «señales» y «prodigios». Estos confirmaban el poder divino que Jesús poseía. Este resucitó muertos, restauró la vista a los ciegos, echó fuera demonios y realizó muchos otros milagros. Nadie negó los milagros que fueron realizados por Jesús, los apóstoles u otros hombres inspirados del siglo primero. Vea Juan 20.30–31; Hebreos 2.3–4.

El cumplimiento de profecías (anuncios de la pasión): Jesús a menudo anunció los juicios y la crucifixión que le sobrevendrían. Dio detalles de lo que iba a experimentar por la salvación del mundo. Vea Mateo 16.21–23; 20.18–19.

La Cena del Señor: Cuando Jesús comió la Pascua con Sus apóstoles la noche de Su arresto, Él instituyó una cena de pan sin levadura y fruto de la vid, la cual pidió a Sus seguidores que observaran (Mateo 26.26–29; Marcos 14.22–25; Lucas 22.19, 20).

El Nuevo Testamento indica que Sus seguidores la comían regularmente. Esta se celebra cada domingo, el primer día de la semana (Hechos 20.7), cuando los cristianos primitivos se reunían para adorar. En este servicio, ellos cantaban alabanzas a Dios, oraban, participaban en esta Cena, consideraban Su Palabra y recogían una contribución para buenas obras.

Getsemaní: Jesús iba con frecuencia a este huerto a orar, cuando estaba en Jerusalén. Antes de Su crucifixión, Él fue allí a orar y poner punto final a Sus planes para morir por los pecados del mundo. Las oraciones que Él dijo en Getsemaní son las más grandes oraciones que jamás se han elevado. Vea Mateo 26.36–46; Marcos 14.32–42; Lucas 22.39–46.

Los juicios judíos: Roma había dicho a los judíos: «Ustedes pueden juzgar a los suyos, pero no pueden darles muerte a menos que hayan violado el templo de ustedes. Si desean la pena capital para alguno que no haya violado el templo de ustedes, deben obtener nuestro consentimiento para llevarla a cabo». Por lo tanto, los judíos llevaron a Jesús primero a sus dirigentes judíos: Anás, Caifás y el Sanedrín, para preparar la acusación contra Jesús que ellos pudieran presentar a las autoridades romanas. Insistieron en que Roma coincidiera con ellos y crucificara a Jesús. En cuanto a Anás, vea Juan 18.12–13, 19–23; en relación con Caifás, vea Mateo 26.57; Juan 18.14, 24; sobre el Sanedrín, vea Mateo 26.59–68; 27.1–2; Marcos 14.53–65; 15.1; Lucas 22.66—23.1.

Los juicios romanos: Los judíos llevaron a Jesús delante de Pilato, que era el representante de Roma. Pilato no estuvo de acuerdo con los argumentos de ellos, pero no deseaba un alboroto. Fue acorralado y al final cedió a la petición de ellos. En cuanto al primer juicio delante de Pilato, vea Lucas 23.1–7; en cuanto a Herodes, vea Lucas 23.8–11; sobre el segundo juicio delante de Pilato, vea Lucas 23.11–25.

La crucifixión: Esta era un cruel método de ejecución de criminales que consistía en clavarlos en una cruz, o madero, hasta que murieran (Gálatas 3.13). En algunos casos, el sufrimiento se prolongaba por varios días. A un ciudadano romano no se le podía azotar ni crucificar. Los judíos usaban normalmente la lapidación como el método para ejecutar a alguien; pero en el caso de Jesús, ellos exigieron la crucifixión. Vea Mateo 27.33–54; Marcos 15.20–39; Lucas 23.32–47; Juan 19.17–30.

La resurrección: Después de estar en el sepulcro durante partes de tres días (viernes, sábado y domingo), Jesús resucitó de entre los muertos, demostrando que tenía poder sobre la muerte. Su resurrección milagrosa indicaba que Él era en efecto el segundo miembro de la Deidad. Vea Mateo 28; Marcos 16; Lucas 24; Juan 20; 21.

La ascensión: Cuarenta días después de la resurrección de Jesús, Este ascendió al cielo. Los apóstoles estaban presentes cuando Él ascendió por entre las nubes para volver al lado del Padre. Las Escrituras declaran que Él volverá al final de los tiempos de un modo parecido (Mateo 26.64). Vea Lucas 24.51; Hechos 1.9–11.

El día de Pentecostés: El día de Pentecostés se celebró diez días después de la ascensión de Jesús. Era una de las tres fiestas principales de los judíos. En este día, el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles como señal de la venida del nuevo pacto y para prepararlos para hablar y escribir el mensaje de Dios de modo fiel y exacto. Cuando el evangelio se predicó, tres mil personas se arrepintieron y fueron bautizadas para el perdón de sus pecados. En este día llegó a existir la iglesia que Jesús anunció. Vea Hechos 2.

La fe: Es la actitud del que acepta a Jesús como Hijo de Dios, creyendo lo que Dios ha dicho, actuando de acuerdo con las Palabras

de Este con confianza y amor. Vea Romanos 10.17; Hebreos 11.1.

El arrepentimiento: Es la actitud de cesar el comportamiento que nosotros sabemos que es malo o pecaminoso, y volverse en obediencia a la Palabra de Dios en arrepentimiento. La determinación del corazón penitente es seguir con gozo y dedicación lo que Dios nos enseña que hagamos en la Era Cristiana. Vea Hechos 17.30; 1^{era} Tesalonicenses 1.9–10.

La confesión: Esta es una declaración verbal en el sentido de que creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios, y también exhibir vivencialmente la deidad de Este. Vea Mateo 10.32; Romanos 10.10; 1^{era} Juan 4.15.

El bautismo: Uno es bautizado cuando ha sido sumergido en agua para el perdón de pecados. El bautismo es un acto de fe y una recreación de la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo. Es el momento cuando Jesús añade a Su iglesia al que es sumergido. Vea Mateo 28.19–20; Hechos 2.38, 41, 47; Romanos 6.3–4.

La iglesia: También llamada el «cuerpo» o el «reino» de Cristo, la iglesia es el cuerpo espiritual de Cristo que contiene a los salvos. El cuerpo de Este adora a Dios y hace Su obra en el mundo. Jesús hizo Su obra en un cuerpo terrenal cuando estuvo aquí, pero ahora Él la hace por medio de Su cuerpo espiritual, la iglesia. Vea Efesios 1.22–23; 3.21.

La santificación: El cristiano es santificado, o puesto aparte por el Señor, en el momento del bautismo. Él sigue creciendo en esta santificación durante toda su vida sobre la tierra. Llega a ser más como Dios en santidad y pureza a medida que estudia la Palabra de Dios, adora, ora, ofrenda, perdona y sirve a los que necesitan su ayuda. Vea 1^{era} Corintios 1.1, 2; Hechos 20.32; Hebreos 2.11; 10.14.